



PERMISO DE
RESIDENCIA
TEMPORAL

RICARDO RUIZ BETANCOURT



*So now you'd better stop and rebuild all your ruins.
For peace and trust can win the day despite of all your losing.*

LED ZEPPELIN, *Immigrant Song*

¿Qué influencias determinaban [...] el progresivo envilecimiento de la República y el cansancio y el abandono que ha venido a parar en bancarrota nacional...?

JOSÉ RAFAEL POCATERRA,
Memorias de un venezolano de la decadencia

Señores, la democracia
no es que nos dejen votar,
manipular con la prensa
no se llama libertad,
y si al pueblo lo encandilan
con propaganda oficial,
llámelo usted soberano,
yo lo llamo encandilao.

ALÍ PRIMERA,
Panfleto de una sola nota

Prólogo

Entre los años 2005 y 2018, y mientras atendía compromisos de trabajo en diversos países, era frecuente encontrarme en algún pasillo de cualquier hotel con la pregunta infaltable: «¿Qué está pasando en Venezuela?». Era una pregunta hecha por suecos, argentinos, checos, húngaros, vietnamitas, estadounidenses, ingleses, australianos, mexicanos, colombianos, entre muchas otras tantas nacionalidades. Siempre ha sido una pregunta rocosa, arisca, difícil de responder. Hoy, continúa siéndola. Casi siempre, por no decir que siempre, cuando respondía, y después de haber hilvanado alguna explicación, mi interlocutor interrumpía diciendo algo como que «en mi país —póngale usted el nombre que desee— está pasando algo similar, una situación parecida, lo mismo, tú sabes, los políticos...». Luego la conversación se diluía, se desviaba y el resto de la respuesta quedaba atragantada o se perdía por entre los platos, las copas de vino y las risas. Al fin y al cabo, era mejor hablar de otros temas, de asuntos profesionales, del estado de las respectivas familias, del fútbol o de la última serie mundial.

Pero la pregunta se quedaba merodeando por allí, pendiente, terca, viva, teniendo a veces respuestas llenas de medias ver-

dades, clichés, simplismos, lugares comunes y estereotipos: «Los chavistas son unos bandidos. Chávez es un resentido. No hay socialismo que funcione. Es que Chávez enfrenta una guerra económica. Los chavistas son malos y la oposición representa al país lúcido, intelectual, liberal, educado, bueno. Maduro traicionó el legado de Chávez». A veces las respuestas hacen un corte: antes de Chávez y después de él. Antes de él, Venezuela era una maravilla, y después todo se vino abajo, según los unos. Antes de él, todo era corrupción, discriminación y exclusión, después de él todo ha sido bueno y no ha sido mejor por causa de la guerra económica, la oposición, Colombia y los Estados Unidos, según los otros. Chávez mismo hacía esa separación. Para Hugo Rafael la historia de Venezuela se podía resumir en dos acontecimientos: la «gesta de independencia» y él. Así, se zampaba de un trancazo los 169 años ocurridos entre la muerte de Bolívar y su llegada al poder en 1998. Según la particular visión de este varón esclarecido, ese lapso de tiempo fue usado por una oligarquía rancia para apropiarse del país; fue una especie de agujero negro donde no hubo nada que rescatar, solo quizás a Ezequiel Zamora, un general de la Guerra Federal (1859-1863) quien, en opinión de Germán Carrera Damas, fue un invento de la historiografía marxista para presentarlo como el símbolo del venezolano que lucha por la tierra y por la igualdad social; y el golpe del 4 de febrero de 1992, «día de la dignidad nacional». Nada más.

Para cuando comencé a hacer este escrito, a comienzos de 2018, Venezuela caía indetenible. Pero mientras va pasando el tiempo —Chávez y el chavismo gobiernan desde 1999—, se van olvidando detalles, sucesos, declaraciones y decisiones diarias que fueron minando de a poco, desmoralizando y desmantelando la democracia, muy frágil de cierto; el balance de poderes, la industria y el entramado comercial, la convivencia, la normalidad. Se van yendo los días y lo que pasó se disipa como la niebla al calentar el sol.

Casi veintidós años hacen que se olviden rápidamente los días de rabia, los gritos, la decepción, el miedo, el terror, las lágrimas, el hastío, el fracaso, la quiebra, las pérdidas que el chavismo trajo sobre tantos, los asesinados por bandas armadas en las protestas y por la delincuencia común, se nos van olvidando sus nombres, las heridas diarias, punzantes, que moldearon y cambiaron a personas que no conocemos, sus expectativas, sus decisiones, sus querencias, y cómo todo ello influyó para que muchos abandonaran el país.

Me puse a responder entonces la esquivada pregunta escribiendo, porque escribir es una manera de hablar sin que te interrumpieran, dijo alguien. En mi ignorancia, quería escribir una novela. La editorial entonces me sugirió convertir la supuesta novela en un ensayo. Así que durante la bendita cuarentena me puse a hacer la tarea encomendada y en la investigación me topé con un género denominado ensayo ficción, en el que, según lo define Ginés Cutillas:

El autor elige un tema vinculado con su vida personal o laboral y lo desarrolla desde la experiencia, planteando *a priori* unas dudas y conjeturas que intentará resolver a lo largo de la obra sin dejar de opinar de manera subjetiva, utilizándose a sí mismo como personaje, con el fin de explicar algo y hacer avanzar la trama para llegar o acercarse a un resultado objetivo.

Ginés explica, además, que este género toma elementos de la autoficción, la autobiografía, la novela, el ensayo y las crónicas de viaje.

Esta es la respuesta a la pregunta que tantas veces me han hecho sobre qué pasó en Venezuela desde la perspectiva de un venezolano común, ahora viviendo en la República Dominicana. Comencé a concebir la historia en la medida en que veía como se

iba deteriorando el país, de a poco, a veces de manera imperceptible. En enero de 2016 fui a trabajar a Cali, Colombia, por un año, y luego, en 2017, me vine a la República Dominicana. En cada ida y vuelta a Venezuela podía observar el declive del país en detalles ínfimos, en la cotidianidad, en los ojos, en cada rostro. Escribo ahora, en estos días fusionados, exiliado, desterrado y emigrado.

La respuesta, con toda seguridad, quedará incompleta, pero, como dice Yan Lianke, si no expreso los cientos de recuerdos individuales, la memoria colectiva, estatal y nacional siempre ocultará y modificará nuestra memoria individual.

Las calles se volvieron peligrosas.

MARIO VARGAS LLOSA, *La casa verde*

Siempre, y antes de cada comienzo, debe haber oscuridad. Esas palabras estuvieron yendo y viniendo de mis pensamientos a lo largo de todo el día, como un estribillo, pero ahora, mientras caminaba con lentitud hacia el cuarto, finalmente hacían un alto. Sentado ya sobre la cama, respiré hondo y me acosté mirando al techo. Unos momentos antes, y guiado solo por la tenue luz que provenía del pasillo, la cual dejo encendida para que la oscuridad no tome por completo el espacio, alcancé a pulsar el siempre esquivo suiche. Entonces todo el cuarto quedó sumido en una penumbra ambigua. La luz de la noche entraba terca a través de las rendijas rectas de las persianas y se reflejaba con alguna intermitencia electrónica en las puertas marrones del clóset. En ese pequeñito espacio de tiempo que tardaría en dormirme, en esos minutos, que se desvanecerían como el humo de un cigarrillo por entre unos labios rojos, repasé aquel día.

Me levanté muy temprano. Tenía que ir a la oficina de migración en Santo Domingo a retirar el carné de residencia temporal. Obtener el tal permiso significaba para todos los efectos y fines consiguientes que mi presencia en este país iba para largo, si es que no se hacía definitiva, algo que todavía no asimilaba del todo. A las cinco y cuarenta y cinco minutos de esa mañana bajé por las extensas, desiguales y oscuras escaleras ayudado solo por la luz cuadrada del celular. Abrí la pesada puerta metálica de entrada al edificio y salí empujándola con fuerza. El trac de las partes metálicas que componen la cerradura era señal del cierre definitivo. La calle estaba apenas iluminada, pero llena de sombras, y la brisa, casi fresca, se sentía como una compañera. Pensé que lo que hacía

era imprudente, pero mientras caminaba por esas calles vacías y oscuras me sentí poderoso, a pesar del temor que me invadía, dada la soledad y el silencio presentes. Imaginé la ciudad, que era nueva para mí, como una posesión personal, que podía hacer con ella lo que quisiera, como si fuera un conquistador. Caminé dos, tres cuadras sin encontrarme con nadie, sin ruidos, sin ningún ser vivo visible en los alrededores, con excepción de la luna. La calle: aceras conformadas por retazos irregulares, desiguales, con el ancho mínimo para poder caminar en ellas. Casas en seguidilla, apretujadas, algunas con porches albergando carros, otras cuyas puertas y ventanas comunicaban de forma directa con la acera, vitrinas exhibiendo mercaderías, puertas de oficinas y consultorios cerradas, entradas de edificios, luces dormidas y sombras descansando, lotes vacíos llenos de matorrales, todo alternado en un caos uniforme coronado a lo alto con un cableado eléctrico que semeja rayas trazadas por un borracho, mezclado con avisos viejos y nuevos, algunos luminosos, con colores disímiles, tonalidades que apenas se logran distinguir, pero donde predominan los primarios y el mamey, este último preferido de los dominicanos. Solo cuando me aproximé al parque Duarte vi a un hombre trotando. Nos saludamos con un leve movimiento de la cabeza y levantando apenas una mano, como un santo y seña. Seguí caminando y, ya en una esquina de la plaza, se encontraban dos taxistas conversando bajo la luz del poste que iluminaba con más fuerza ese lado del parque. Avanzo, sigue la sucesión de casas, fachadas, cables y colores. Ahora aparecían algunos restaurantes cerrados. La brisa me seguía de cerca.

Mientras camino no dejo de pensar que este simple acto, y además a estas horas, era algo que en la Caracas de ese marzo de 2018 estaría fuera de cualquier consideración y del diario de mi memoria extraje el instante —porque nuestra entera existencia se determina en ellos— ocurrido casi un año atrás, cuando me asal-

taron mientras me dirigía a mi oficina en Sabana Grande. Serían como las nueve de la mañana. El día, soleado. Tuve que caminar porque al carro le estaban reparando los frenos. La avenida Las Acacias de la urbanización La Florida está cubierta por enormes jabillos que despliegan generosos sus ramas. Sus calles parecen túneles cuyas paredes son troncos, fachadas de edificios y matas, mientras su techo combina ramas y azul y nubes, brindando un colorido pleno que contrasta con una ciudad mezquina y hostil. Apenas vi cuando los tipos giraron la moto unos pocos metros delante de mí. Ya era imposible reaccionar. Los dos motorizados portaban uniformes que los acreditaban como mensajeros de alguna compañía que no logré identificar, pero cuyo logo contenía la frase «... a su servicio», o algo parecido. Amenazándome con una pistola, me quitaron el teléfono y unos pocos y miserables devaluados bolívares. «¡Mátalo!», gritó uno de ellos. El tipo de la pistola me miró, hizo una pausa larguísima, eterna. Giraron entonces al norte, hacia la avenida Andrés Bello, desvaneciéndose envueltos en una niebla azul mecánica. Aceleré el paso en la dirección opuesta con el «¡mátalo!» taladrándome el cerebro mientras un rocío salado se extendía por mi frente y se tornaba en gruesas gotas de sudor casi frío, que sentía que me bajaban por las sienes, las patillas y la nuca, por entre la nariz y la base de los lentes. Caminé con el fundillo apretado. Dejé botado el impecable pañuelo blanco, que quedó deslumbrando en el asfalto inmundo cuando sacaba la cartera para entregar el inútil dinero. Alcancé la avenida Libertador, un poco más segura y transitada, igual de peligrosa. ¡Mátalo! La frase se repetiría como un *ritornelo* maldito, negro como la pistola, varias veces durante muchos días.

No sabemos dónde dormir
y no tenemos dinero para regresar.

REFUGIADO VENEZOLANO,
The Washington Post,
23 de agosto de 2018

Llego al terminal de autobuses rodeado todavía de madrugada y noto de inmediato que nadie vocifera ni mendiga, que no hay vendedores ni policías importunando —los caóticos terminales de Maracay y La Bandera, en Caracas, se me cruzaron en ráfaga—. Pedí un boleto y pagué. Tomo asiento en una salita y dirijo la vista hacia el noticiero que se transmitía en un televisor colgado de las vigas del techo. Aunque no podía escuchar lo que decían los narradores, veo unas imágenes que se me hacían familiares junto a un cintillo al pie de la pantalla que leía: «Miles de venezolanos convierten Cúcuta en zona de refugiados». Me quedé mirando fijo la pantalla. Las palabras que leía me asombraron, parecía que la transmisión del noticiero proviniese de un mundo extraño, al revés, como si narraran el desplome de un glaciar y que cada uno de los rostros que mostraba el reportaje semejaba un pedazo de hielo que caía inevitable al mar, deshaciéndose; ya nunca más volvería a ser lo mismo. Pero las letricas que pasaban de derecha a izquierda por la pantalla insistían... «zona de refugiados». Las noticias recientes sobre desplazados siempre se referían a los que huyen espantados de la África subsahariana, Siria, Sudán o Irak, ahora Venezuela se sumaba a esa lista. El cintillo es una nota disonante, el libreto incoherente de una película mala. Palabras implacables, escritas con cincel, machacadas una y otra vez.

El altavoz anunciando la salida del bus me espabiló y subí a bordo. A las seis en punto salí con rumbo a la capital. Al ponerse

el autobús en marcha, ruedo la cortina y miro por la ventana. Otra vez las calles, las casas y los postes, pero ahora desde la perspectiva del movimiento. La vista me es familiar, era como si estuviera saliendo de Turmero o El Vigía u otro pueblo venezolano cualquiera. Las tenues y verdes montañas del Cibao, que esta mañana están vestidas de una suave manta azul, así como los sembradíos de arroz que van desplegándose desde sus faldas hasta las orillas de la carretera, me recuerdan la vía de Maracay a Caracas o la autopista hacia Barquisimeto por Yaritagua. La rapidez con que se van sucediendo las imágenes hace que los paisajes de aquellos y estos lugares se entrecrucen. He hecho tantos viajes tan parecidos...: de Maracay a Valera, de Barquisimeto a Cúcuta, de Cali a Popayán, de Buenos Aires a Salta, de Panamá a Colón, viajes a diferentes destinos, al mismo. Por el trámite que haría ese día era inevitable que mis pensamientos revolotearan en torno a esto: Venezuela, su decadencia, ¿qué nos pasó?, migración, residencia temporal, «zona de refugiados». Recosté la cabeza en la silla y entrecerré los ojos.

Todos los olores de todos los pies de todo el mundo se han adherido al cuero, se han mezclado a la mugre de los pasamanos, se aquietan, gomosos, densos, con pedazos de colillas y viejas ceras de chiclets, ferruginosos, húmedos, sofocantes en el asiento de atrás.

ADRIANO GONZÁLEZ LEÓN, *Pais portátil*

El suelo del estrecho pasillo es un *collage* conformado por linóleo desgastado de lo que alguna vez fue el piso original del *porpuesto*; mugre, grasa, polvo machacado por miles de suelas. Arriba, el techo salpicado de pintura sucia, descolorida y con pedacitos desprendidos de metal gris. Todo en la camioneta es gris, aunque sea de otro color, los asientos, cubiertos de telas impregnadas y brillosas por los sudores macerados de tantas espaldas cansadas; las ventanas y sus agrietadas y resacas gomas circundantes; los vidrios, los avisos gastados que cuelgan en el parabrisas principal, «Carmelitas», «Av. Urdaneta», volteados una y otra vez para indicar viajes en círculo inacabables; el volante, la tapa del motor, la palanca de velocidades, la franela del chofer, sus manos, sus uñas, los guirindajos colgantes, las ratas que ilustran la grotesca calcomanía que describe cómo estas hacen fila detrás de una compañera destripada por la trampa caza ratones para tirársela y cuya leyenda dice: «Cuando uno está mal, todos se aprovechan». Las cornetas de donde salen las notas de reguetón, vallenato o salsa cabilla, el aire, el olor a rancio, a sudor, a lubricante quemado y vapor, el ruido del motor, el humo del tubo de escape sofocante, los pasajeros vestidos con ropas descoloridas y arrugadas que hacen juego con sus miradas resignadas, con sus caras de ninguna parte. Afuera el asfalto, edificios despintados que se van quedando atrás, las vallas publicitarias cuyos anuncios apenas se adivinan

porque se convirtieron en un gran rectángulo de restos de papel mohoso, ennegrecido por la humedad, sin color. Un gris feo, fúnebre cubrió el amarillo azul y rojo, como las virutas de hierro regadas en el piso de una fundición. El hollín reina, se extiende por toda la calle como la hiedra. Gris es la estela de ruido y desasosiego que dejan las motos al pasar, el gris se viste con cascos plomizos. El sobresalto se lee en los rostros de los que cruzan la avenida, sus expresiones dibujan el miedo a que los asalten y les quiten cualquier cosa de valor que lleven o incluso su vida. Gris, casi negro, será el papel del periódico que contendrá el titular que dirá que los asesinaron, a menos que se trate de un periódico oficial, en cuyo caso su titular en rojo anunciará buenas nuevas de salvación eterna, días azules y un futuro brillante para la patria grande de Simón Bolívar. Un plomo invisible se ha apoderado de la ciudad, la ahoga y no deja que el sol incandescente pase, el hollín y el gris enfermo conforman una capa protectora maldita que no deja entrar la luz. La ambigüedad del gris domina con severidad implacable el ambiente apoyado por el sopor mortecino de la una de la tarde. Grises son las gotas de sudor que descienden por las nuca de los pasajeros, gris platinado y grasiento es el tubo de donde se asen los que viajan tratando de mantenerse en pie mientras la buseta cambia de canales zigzagueando como la cola de una iguana o cuando frena de sopetón ante el requerimiento de algún pasajero en la vía. El carrito avanza por la avenida Francisco de Miranda, el mismo ilustre apellido incomprendido que reposa heroico en los Campos Elíseos. La buseta avanza por la urbanización Los Cortijos, hay un tráfico atosigante, fastidioso, no tanto como lo hubo tiempo atrás; bastante gente se ha ido, decenas de carros reposan ahora en los estacionamientos llenándose de polvo, achicharrándose bajo el sol, oxidándose bajo la lluvia, manchándose por las hojas y perdiendo su lustre por las deposiciones de los pájaros. Los carros, en estado de coma por la falta de un